

José Ángel Valente, un poeta en dos tiempos

Rafael Alfaro

Licenciado en Ciencias de la Información. Redactor de la revista *Reseña*

José Ángel Valente es sin duda uno de los poetas más importantes y significativos de nuestra Literatura española de la segunda mitad de siglo. Nacido en Orense en 1929, su infancia y su adolescencia transcurren en Galicia, de donde le viene probablemente ese tono de ironía y misterio que caracteriza su obra. Empieza sus estudios universitarios en Santiago y, en Madrid, adquiere la licenciatura en Filología Románica. Posteriormente es miembro del departamento de Estudios Hispánicos de la Universidad de Oxford...

Pero su trayectoria queda señalada por sus libros de poesía, recogidos en dos volúmenes recién editados: *Punto cero* y *Material memoria* (Alianza Editorial, 1999). «Estos dos volúmenes son la edición definitiva de una obra que nunca estará completa porque no puede estarlo», según palabras del mismo poeta: «La lectura es un acto rotundamente creador y en ese acto resulta fundamental el lector para encender ese hálito creador».

Punto cero abarca desde el primer poemario *A modo de esperanza* (Madrid, 1955), con el que obtiene el Premio Adonais en 1954 a *Interior con figuras* (Barcelona, 1976). Algunos títulos son: *Poemas a Lázaro* (Madrid, 1960, Premio de la Crítica), *La memoria y los signos* (Madrid, 1966), *Siete representaciones* (Barcelona, 1967), *Breve son* (Madrid, 1968), *Presentación y memorial para un monumento* (Madrid, 1970), *El inocente*, (México, 1970), *Treinta y siete fragmentos* (Madrid, 1972).

Material memoria (1977-1992) comprende los poemarios: *Material memoria* (Barcelona, 1979), *Tres lecciones de tinieblas* (Premio de la Crítica, Barcelona, 1980), *Mandorla* (Madrid, 1982), *El fulgor* (Madrid, 1984), *Al dios del lugar* (Barcelona, 1989), y *No amanece el cantor* (Barcelona, 1992). Últimamente acaba de publicar un nuevo libro titulado *Nadie*, que iniciará un tercer volumen de su obra. Porque Valente es un poeta «en vida», como ha afirmado en la presentación de su obra, «y seguiré escribiendo hasta que la palabra poética me abandone». Sólo la muerte podrá cerrar el ciclo creador de un hombre que está entrando en lo más interior de esa espesura de la poesía: «Quiero estar más adentro en la espesura, aunque me deshaga en la nada».

En su itinerario poético ha sido reconocido con el Premio Adonais, con su primer libro *A modo de esperanza (1955)*. *Poemas a Lázaro (1960)* le valió el premio de la Crítica, que repitió en 1980 con *Tres lecciones de tinieblas*. Posteriormente compartió con Carmen Martín Gaité el Premio «Príncipe de Asturias»; y, en este año 1999 ha recibido el Premio «Reina Sofía» de Poesía Iberoamericana. Su poemario *No amanece el cantor (1992)* fue galardonado con el Premio Nacional de Poesía 1993.

Un creador solitario

Antonio Hernández no recoge a José Ángel Valente en su antología *La Poética del 50*; sí lo re-

coge Juan García Hortelano en su libro *El grupo poético de los años 50*. No cabe duda que hay temas muy afines tratados por los poetas de esos años, pero es evidente la emancipación de los mismos hacia una personalidad propia, de acuerdo con su evolución personal. El caso de Valente es rotundo, como recientemente acaba de afirmar él mismo:

No creo en las clasificaciones generacionales; se está en grupo, quizá, en la línea de salida, pero la carrera tienes que correrla en soledad. En esa carrera estás solo y te olvidas de todo, tanto que desaparece la solidaridad generacional. Cada escritor es uno y los grupos, en este país, son a menudo el trabajo de alguien no muy inteligente y de los que se aprovechan de ello. He vivido en lucha permanente con los grupos, incluso con los amigos, enfrentándome y superando esa tendencia de pulpo absorbente que tiene el grupo. El grupo ejerce, además, una dictadura y, ¿cómo iba yo a aceptarla cuando mi principal afán era huir de otra dictadura? El escritor ha de huir de eso. No puede caer en la trampa de la creación de falsos valores. No olvidemos que un espíritu crítico como Bergamín hablaba siempre de la Generación del 27, S.A.

La cita ha sido larga, pero define el carácter solitario de la creación del poeta orensano. La línea de Valente se ha distanciado mucho de la de los hombres que han hecho su obra en la segunda mitad de este siglo; aunque tanto en el «yo histórico» como en el «yo poético» tenga Valente cierta afinidad con los poetas del 50. El primero se acercaría a las inquietudes políticas y sociales de J. Gil de Biedma o Carlos Barral; y el segundo a los poemas metafísicos de F. Brines.

La realidad es que existe una frontera divisoria muy pronunciada entre el primer volumen de su obra, *Punto cero*, donde el poeta pone su énfasis en una poesía social y política, y en el segundo *Material memoria*, donde nos encontramos con una poesía metafísica y existencialista. En este sentido, su escritura surge de andar a tientas en la oscuridad, de penetrar, a riesgo de perderse, en esa zona oscura de la poesía. «Cada vez tengo más claro, confesaba hace poco, que la poesía es muy oscura, que hay un juego entre claridad y oscuridad y que sin, una inmersión en esa materia oscura, la poesía no existe».

José Ángel Valente admite este reto con su riesgo de ser hermético. Pero es la realidad de un poeta «en vida» cuyo proyecto es el de adentrarse «en solitario» en la oscuridad del hombre inmerso en la materia. Aquí no hay grupo poético. Es el hombre en soledad ante el misterio de la propia existencia.

El escritor y el lector

«Como las tejedoras de Navajo, que dejan siempre un hilo suelto en sus tapices, el poema está siempre inacabado, a la espera de un lector que lo recree. La lectura es un acto rotundamente creador, y en ese acto resulta fundamental el lector para encender ese hálito creador», nos ha dicho J. Á. Valente en la presentación de su obra.

Lo cierto es que el escritor cree en sus lectores y se fía de ellos. La poesía, como pensaba San Juan de la Cruz, es siempre abierta, está sujeta a diversas interpretaciones. Así lo expresaba el Santo hablando de la exposición en prosa del *Cántico espiritual*. El poeta dice palabras «a la oscuridad», el lector capta sugerencias y crea, se le abre la imaginación y ve. La poesía no es una naturaleza muerta, sino viva. Siempre distinta a cada lectura, como la visión de los cuadros impresionistas.

Aunque siempre he pensado que hay poetas claros y oscuros. Garcilaso es «el agua pura y cristalina». San Juan de la Cruz no define, te lleva por la sugerencia del símbolo. Deja al lector en libertad creadora. Aunque todo poeta de verdad, en el fondo, te deja sumergido en el misterio. J. Á. Valente intenta penetrar en el abismo de la conciencia, intuir el misterio y expresarlo a su modo, en su estilo. Pero cree en la capacidad creadora del lector, que ha de seguir un proceso semejante al del poeta, y al que no hay que dejarle las cosas «acabadas», sino ofrecerle posibles intuiciones. En este sentido, Valente es un poeta oscuro, pero que te ofrece posibilidades de lecturas en sus poemas. Cree en los lectores inteligentes. Para decir lo que se sabe no es necesario escribir poesía: se necesita aquello de San Juan de la Cruz: «Entréme donde no supe...» Por otra parte, el lenguaje de la poesía no es el de la lógica. Para comunicar ideas tenemos la prosa. Para comunicar algo inefable, tenemos la poesía, la música, la pintura...

La significación del contenido

La poesía de J. Á. Valente tiene siempre un significado, no se queda sólo en el significante. Nos deja, eso sí, un verso lapidario, que es su mejor signo de distinción. Los libros de *Punto cero* tienen una carga de significado sagazmente conjugada con una expresión poética inconfundible; una expresión que no es retórica, sino fuerza de palabra rítmica, llena de sonoridad. Poeta luchador, ha vivido los difíciles años de la posguerra. Su poesía lleva un mensaje profundamente ético y ejemplarmente irreprimible contra toda hipocresía y apariencia.

Cada uno de los libros de *Punto cero* está marcado por un sello inconfundible de denuncia. El lector descubre el tono irónico que nos hace ver la realidad histórica desde su sensibilidad. En *A modo de esperanza* hay un profundo deseo de liberación: «*Aunque sea ceniza cuanto tengo hasta ahora, / cuanto se me ha tendido a modo de esperanza...*» Los poemas presentan una sensación de amargura y desolación ante la realidad histórica; no obstante, quiere decirnos con Quevedo «*Serán ceniza, mas tendrán sentido*». El poeta desea ir más allá de la realidad.

Parecido mensaje nos ofrece su segundo poemario *Poemas a Lázaro*, con las citas iluminadoras de Unamuno, Machado y Juan Ramón. Libro en el que aparece la recia personalidad de un poeta importante y maduro. «Poeta en el más venenoso sentido, quiere que su canto sea sólo poder:

Poder que brote puro
como un gallo en la noche,
como en la noche, súbito,
un gallo rompe a ciegas
el escuadrón compacto de las sombras.

La memoria y los signos es, tal vez, el libro más importante del volumen *Punto cero*. El poeta nos ofrece una poesía de conocimiento y bucea en lo que ha sido, en lo profundo de sí mismo. Sin abandonar esa poesía de denuncia, que retornará, sobre todo, en su libro *El Inocente*, *La memoria y los signos* es el poemario de la madurez del poeta, superando todo resentimiento: «*Porque hermoso es al fin / dejar latir el corazón con ritmo entero / hasta quebrar la máscara del odio*».

Refiriéndose a su trigésimo cumpleaños, escribe: «*El hombre que contemplo no desciende / de su memoria, sino de su olvido*». Adquiere una conciencia profunda sobre el paso del tiempo y hasta sabe mirarse con humor y ternura en un poema a «Pancho, su muñeco», donde no tiene reparo en darnos una imagen grotesca de sí mismo. De la ironía pasa a la tristeza, a la nostalgia, a la ternura, a la contemplación de la inocencia, del amor —ese bello poema titulado *La víspera* o esa formidable reflexión *El moribundo*. Al fin y al cabo, vivir es recordar, el recuerdo se hace vida y emoción en la escritura del poeta: «Esta imagen de ti». El poema *El funeral* es una de las más bellas elegías por el padre muerto. La gravedad intelectual del poeta se quiebra al final para hacerse ternura.

En las dos últimas partes del libro, Valente torna a ser cortante y nos presenta varios de los poemas más conocidos, muy cercanos a los de Gil de Biedma o Goytisolo: «*Estábamos, señores, en provincias / o en la periferia, como dicen, / incomprensiblemente desnacidos*». Recuerda «tanta sorda infancia irremediable», y vuelve a la ironía en poemas como *Poeta en tiempos de miseria* y *La concordia*. Épica y desgarrada es la elegía a *John Cornford, veintiún años ametrallados sobre el aire / en que han nacido estas palabras*. Inolvidable el poema dirigido a A. Machado, «*Si supieras*» o el reivindicativo a *Maquiavelo en San Casciano*.

No dudo en señalar *La memoria y los signos* como el libro más importante de la primera época de Valente. Por su profundización en los temas de la vida y de la muerte, por su introspección, por su humanidad y ternura, y por la conciencia social de su pueblo. El poeta ha espiritualizado su palabra, ha hilado la delgadez de su discurso y nos ha dejado los poemas más humanos y fuertes por su clamor de libertad. «*Es ahora la hora / de sacudir la raíz y volverla hacia el cielo*». El estilo sobrio, plástico y lapidario confiere a la obra una unidad sin fisuras.

La obra *Siete representaciones* nos ofrece una amplia meditación sobre los pecados capitales, una poesía como un paréntesis en la extensa obra del poeta.

Breve son sí que es un libro delicioso, que me gusta releer, en que el poeta sabe hacerse niño y cantar en arte menor para jugar y divertirse. El poeta descansa de su obra anterior, canta y cuen-

ta magistralmente. Preciosas sus canciones de cuna, sus canciones de barcas, sus simpáticas ironías sobre la fiesta nacional. Hay hondas raíces galaicas en estos poemas que encierran una gran sabiduría que nos hace sonreír y pensar. Valente se sale de los esquemas «serios» para darnos una poesía de niños para grandes, y antes de entrar en *El Inocente*, otro gran poemario, lleno de fuerza y de una inmensa tristeza. Estamos ante una contemplación de un tiempo desolado donde de la infancia es un inmenso desierto: «Nací en la infancia, en otro tiempo, lejos / o muy lejos y fui / inutilmente aderezado para una ceremonia / a la que nunca habría de acudir. Libro lleno de simbolismos, de «víctimas inocentes», de recuerdos, de lamentos e imprecaciones, de heridas, de muerte, desolación y, ¿cómo no? de ternura. Con qué gusto leemos hoy «Hombre a caballo», ese original retrato del abuelo muerto, o *Una oscura noticia*, esa admirable elegía por Miguel de Molinos tan finamente estudiado por el poeta en su prólogo o ensayo a la *Guía espiritual* del místico aragonés, o el formidable poema *Sobre el tiempo presente*.

Hay mucho tiempo nuestro en esta poesía, que también es nuestra; mucha vida perdida, decepcionada, transida de soledad y esterilidad. Esta poesía de Valente nos pertenece, es algo nuestro. El poeta se ha mirado en el espejo de nuestro tiempo y nos hemos visto en él con «amarnura», con amargor y ternura, para decirlo en un término vallejano.

La edición de Barral terminaba *Punto cero* con 37 representaciones, que era como un punto de inflexión hacia la nueva poética de Valente. Ahora, la nueva edición de Alianza incluye el libro *Interior con figuras*, publicado en 1976 en la colección Ocnos y ahora último libro de este primer volumen de la obra completa. Precisamente en este libro encontramos dos poemas con el título de *Material memoria*, que anuncian el segundo volumen de poesía.

Interior con figuras contiene poemas surrealistas y herméticos junto a otros más inteligibles, siempre dentro del estilo peculiar de un poeta que no pierde el ritmo ni la frase lapidaria, incluso en los pequeños poemas en prosa, que van a ser la norma en gran parte de su producción posterior, sobre todo, en su libro *No amanecer el cantor*, último poemario del segundo volumen.

La segunda época de J. Á. Valente

La reciente publicación de *Material memoria*, segundo volumen que recoge las últimas obras del poeta orensano abarca los años 1977-1992 y está integrado por los libros: *Material memoria* (1977); *Tres lecciones de tinieblas* (1980), premio de la Crítica; *Mandorla* (1982); *El fulgor* (1984); *Al dios del lugar* (1989) y *No amanecer el cantor* (1992).

El mismo autor ha tenido el detalle de darnos la clave para una aproximación a la lectura de su obra. En «Cómo se pinta un dragón» quita lo suficiente el velo que cubre sus poemas para iniciarnos en una lectura que nunca puede ser totalmente reveladora. La poesía siempre quedará como algo inefable, intraducible al lenguaje de la lógica. Asimismo, después de *Tres lecciones de tinieblas* el autor nos ofrece una autolectura para descubrirnos algo del sentido de esta poesía.

Y es que J. Á. Valente ha dado un viraje a su obra. Como muy bien se nos dice en la presentación del volumen, ha consumado el tránsito de «la experiencia hecha poema al poema hecho experiencia». Con ello pretende «acceder a la dimensión metafísica de la persona, a los abismos de la conciencia». El poeta intenta «reflejar a través de complejos entramados simbólicos la inquietante ambigüedad y los múltiples significados de lo contingente, para crear una ultrarrealidad en la que se sintetizan lo visible y lo quimérico».

Los libros del presente volumen ya han sido publicados y comentados. Pero una obra como la de este escritor se escapa a todo comentario. Como el «Cántico espiritual» de San Juan de la Cruz o la pintura de Tàpies o la música de Mompou, es indefinible, inasible. Está ahí. En esta obra singular, a través de lo audible y lo visible del poema podemos vislumbrar alguna noticia de lo invisible expresada de manera sutil en un estilo que nos acerca al ejercicio de la intuición y en un lenguaje sintético, sumamente rítmico. El misterio de la poesía se deja entrever a través de las palabras y del silencio. Hay en este género literario una economía verbal que supone una enorme elegancia de no decir más de lo preciso y, casi siempre, insinuado.

Material memoria (1977) es el primer libro de la nueva época del poeta. Los poemas nos llevan a la contemplación metafísica del mismo

acto creador. En él encontramos *Cinco fragmentos para Antoni Tàpies* en los que se nos descubre el sentido de la creación artística. «Crear, dice, lleva el signo de la feminidad. No es acto de penetración en la materia (para fecundarla), sino pasión de ser penetrado por ella. Crear es generar un estado de disponibilidad, en el que la primera cosa creada es el vacío... La creación de la nada es el principio absoluto de toda creación».

En poesía, el equivalente del vacío es el silencio. Y define la poética como «arte de la composición del silencio». Y afirma: «Un poema no existe si no se oye, antes que su palabra, su silencio». He aquí una clave para la lectura de la obra de Valente. Estamos ante una poesía en la que se respira el silencio, esa «música callada» que nos envuelve y que no es preciso entender, sino sobrecogernos ante la presencia del misterio que quiere invadirnos.

Tres lecciones de tinieblas (1980), premio de la Crítica, tiene su origen en la música y es «una meditación creadora sobre el movimiento primario, como catorce variaciones que desencadenan las 14 primeras letras (y números) del alfabeto hebreo. Ya en las lecturas del Oficio de Maitines se cantaban las Lamentaciones de Jeremías, verdaderas elegías sobre la destrucción de Jerusalén, que comenzaban con las letras del alfabeto hebreo. J. Á. Valente entona sus trenos o elegías breves, en prosa poética, sin otro signo de puntuación que el de los dos puntos. Las frases siguen el paralelismo hebreo y nos sumergen en la meditación del silencio.

Mandorla (1982). El título nos remite a la palabra italiana que significa «almendra», pero que es ese espacio en forma almendrada en el que aparece la figura de Cristo «pantocrator» en la pintura del románico, principalmente en el frontispicio del presbiterio de los templos. Son los «frescos» pintados directamente sobre el muro. Esto le sirve al poeta para desarrollar sus poemas sobre el espacio. «El espacio que sólo se divide en gérmenes de gérmenes de gérmenes. El tiempo que empieza apenas a durar. El movimiento que está ya consumado en esta mano inmóvil y tendida al arqueado lomo del animal en el que tiene forma, no fraguada aún la forma, la caricia...»

El poeta nos lleva a la meditación intuitiva de las cosas o de las palabras antes de su misma exis-



tencia, en el proceso de su creación o significación. El tiempo, el espacio, el movimiento, el deseo, la intuición. Lo que no es, pero es. Todo en una sutil evocación del ser como antinomia de sí mismo. Por ello vemos la dificultad de una lectura que puede proporcionarnos una emoción intelectual, pero que normalmente nos deja fríos. Algo semejante nos pasaba con la lectura de muchos poemas de *Cántico* de J. Guillén, y que hoy leemos con tanta delectación.

El fulgor (1984) nos ofrece treinta y seis poemas «fulgurantes» en que la poesía es transformación de la materia, cuando el cuerpo se hace espíritu, vacío, llama, resplandor, pájaro, aire, fulgor... Bellísimos poemas breves que nos llevan a la contemplación de la transparencia del hombre. Es un libro cuya lectura me ha entusiasmado y me ha proporcionado un indecible gozo estético.

Al dios del lugar (1989) es otro poemario de gran belleza, que te pone ante ese «no sé qué» de hermosura contemplada por el poeta en las cosas. Estamos ante la contemplación inasible e inaccesible de ese «dios» que hay en todo ser. ¿Es la misma belleza? Algún dios hay en la pureza de las cosas que, a veces, casi lo vemos, aunque lo adivinamos.

El libro se abre con una cita de «The Cantos»: «*He has a god in him / though I do not know which god*» y se cierra con una grandiosa elegía a las víctimas de Auschwitz e Hiroshima, poema que nos recuerda algunas composiciones de *Punto cero*. Para mí es uno de los libros de J. Á. Valente que leo con más gusto.

No amanece el cantor (1992). «*En esta noche, cuerpo, iluminada hacia el centro de ti, no busca el alba, no amanece el cantor*». Estamos ante un libro tenso y centrado en la muerte. Sus dos partes, «*no amanece el cantor*» y «*paisaje con pájaros amarillos*» son dos amplias meditaciones sobre la muerte ya vivida antes de su realidad. De algún modo intenta intuir la y hasta expresarla. A veces lo hace en imágenes como ésta: «*En el espejo se borró tu imagen. No te veía cuando te miraba*».

Asimismo intenta expresar la inexistente realidad de la nada: «*Soy débil. No sé dónde apoyarme. Vacío está de todo ser el aire. No estás. No estoy. Qué giratorio cuerpo el de la nada*».

Como se ve, el libro está escrito en poemas en prosa. Lo cual puede ser un engaño porque, en realidad, se trata de una prosa acentual, como quería F. Luis de León, una prosa escandida. Basta leer uno cualquiera de estos poemas para darnos cuenta del ritmo endecasílabo y heptasílabo de sus párrafos. El poeta tiene el alma hecha en endecasílabos y su corazón no deja de latir en este ritmo. Así le salen sus frases lapidarias. «*Et quod tentabam dicere versus erat*», podría decirnos con Ovidio en ese hermoso pentámetro latino.

Los dos tiempos del poeta

Por esta breve incursión en la obra de J. Á. Valente, en *Punto cero* se advierte una preocupación por la experiencia vivida, cuajada en el poe-

ma. En *Material memoria* se nota la preocupación metafísica de la existencia, el problema del hombre, su ser y su destino, su materia y su espíritu. Hay una línea espiritual entre el poeta y Teilhard de Chardin y un proceso semejante al de la creación de Chillida o Tàpies o Paul Celan.

No he podido hacerme con el poemario *Nadie*, última obra de Valente, pero me imagino que el poeta debe haber dado un paso más hacia esa espiritualización humana, independientemente de la teología escatológica. Pero también preocupa al teólogo de hoy el tema de la escatología. Al fin y al cabo, la poesía y la fe caminan unidas, tal vez paralelas, hacia la realidad del misterio del hombre.

La poesía actual de Valente tiene connotaciones místicas y profundamente espirituales, por humanas. Aunque aquí nos acercamos al poeta en atención a su contenido y a su expresión poética.

Es notoria la enorme contención del poema de Valente. Ahora escribe poema cortos, tensos e intensos, tremendamente elípticos, sumamente concentrados. La economía de la palabra lo lleva a la precisión absoluta, a la frase precisa y, digámoslo otra vez, lapidaria. Los poemas de ahora no narran, sugieren; te dejan en suspenso. Hay en ellos un escritura preocupada por la precisión, más tendente al silencio que a la misma palabra. Pero nos dice la palabra justa.

Ya he dicho que su prosa se escande en endecasílabos y heptasílabos. Lo podemos comprobar. Pero esta poesía se advierte en el temblor del verso clavado en el blanco del poema, con su música y con su silencio.

José Ángel Valente termina el siglo xx con una de las obras poéticas más sólidas y coherentes de nuestra Poesía española. ¿Apunta acaso el futuro de la Poesía del siglo xxi? Lo importante es que estamos ante un poeta en el que alienta el espíritu. Otro hombre que «araña en la sombra» para ver en la oscuridad, para llegar al fondo mismo del hombre con el deseo de decir tal vez lo indecible porque, como imagen de Dios que es, quizás estemos pisando ese terreno de lo inefable. Pero es hermoso acercarnos a ese dios del lugar para expresar nuestra experiencia en palabras verdaderas o quemar nuestras manos en su llama.